

Nueva mirada a la gestión del rescate de los prisioneros de Annual (1921-1923)

Ramón Díez Rioja

UNED

E-mail: ramdiez@madrid.uned.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2216-4423><https://dx.doi.org/10.5209/chco.95217>

Recibido: 23 de marzo de 2024 • Aceptado: 04 de junio de 2024

ES Resumen: En el contexto del colonialismo español en Marruecos, entre el 22 de julio y el 9 de agosto de 1921, tuvo lugar la tragedia de Annual. Supuso la pérdida de todo el territorio de la Comandancia General de Melilla. La catástrofe militar tuvo como consecuencia miles de muertos, heridos y desaparecidos. También los prisioneros que capturaron los rifeños. Centenares de soldados, oficiales, jefes, civiles y un general, Felipe Navarro, padecieron un cautiverio que se prolongó durante dieciocho meses. Parece demasiado tiempo si tenemos en cuenta que las condiciones para su liberación se conocieron muy pronto: 4 300 000 pesetas. ¿Por qué no se rescataron antes? Tres son las principales razones: la dignidad del uniforme, el rechazo a negociar con un “rebelde” para no realzar su figura y evitar la extensión de la insurrección y el temor de que el rescate se empleara para adquirir armas. Fue finalmente el último Gobierno de la Restauración, el que, superando los obstáculos, liberó a los cautivos. El militarismo africanista no se lo perdonó. El análisis de la documentación de archivo pone de manifiesto la debilidad de un sistema político enfermo, con un poder ejecutivo cohibido, y los altos mandos militares, mimados durante años por el trono y los partidos dinásticos, imponiendo su criterio. La gestión del problema demuestra, en fin, la complejidad que caracteriza a los asuntos y las relaciones humanas.

Palabras clave: Prisioneros, Annual, Abd el-Krim, colonialismo, Marruecos, Protectorado, Dris Ben Said.

ENG New look at the management of the rescue of the Annual prisoners (1921-1923)

Abstract: In the context of Spanish colonialism in Morocco, between July 22 and August 9, 1921, the tragedy of Annual took place. It meant the loss of all the territory of the General Command of Melilla. The military catastrophe resulted in thousands of deaths, injuries and disappearances. Also, the prisoners captured by the rifeños. Hundreds of soldiers, officers, chiefs, civilians and a general, Felipe Navarro, suffered a captivity that lasted for eighteen months. It seems too long if we consider that the conditions for his release were known very soon: 4,300,000 pesetas. Why weren't they rescued earlier? There are three main reasons: the dignity of the uniform, the refusal to negotiate with a “rebel” in order not to enhance his image and avoid the extension of the insurrection and the fear that the ransom will be used to acquire weapons. It was finally the last Government of the Restoration, which, overcoming the obstacles, freed the captives. Africanist militarism did not forgive him. The analysis of the archive documentation reveals the weakness of a sick political system, with restrained executive power, and the high military commanders, pampered for years by

the throne and the dynastic parties, imposing their criteria. The management of the problem demonstrates, finally, the complexity that characterizes human affairs and relationships.

Keywords: prisoners, Annual, Abd el-Krim, colonialism, Morocco, Protectorate, Dris Ben Said.

Sumario: Introducción. 1. Gobierno de Antonio Maura (14 de agosto 1921- 8 de marzo 1922). 2. Gobierno de José Sánchez Guerra (8 de marzo de 1922- 7 de diciembre de 1922). 3. Gobierno de Manuel García Prieto (7 de diciembre de 1922). Conclusiones. 4. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Díez Rioja, R. (2026). "Nueva mirada a la gestión del rescate de los prisioneros de Annual (1921-1923)". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 48(1), 137-156.

Introducción

El asunto de los prisioneros de Abd el-Krim ha sido objeto de interés historiográfico. Sin embargo, no se puede comparar con el volumen de obras y artículos científicos que existen en torno a los hechos del desastre. No debe extrañar, ya que la cuestión de los cautivos fue una derivada del principal foco de atención: el colapso de la Comandancia General de Melilla. No debemos soslayar esta consecuencia, pues significó el epílogo de Annual, y junto con el asunto de las responsabilidades, se yergue como una de las principales causas que precipitaron el final del régimen constitucional erigido en 1875 por Antonio Cánovas del Castillo. Entre los autores que de forma más o menos detallada han abordado el tema sobresalen, por la relevancia de sus aportaciones, Marín Arce: (1988), Díaz Morlán: (2015), Laporte: (2001), Madariaga: (2005), Ramiro de la Mata: (2002), Iglesias: (2014) y Terreros: (2014). En el conjunto de artículos y capítulos de libro se repara en las condiciones iniciales que impuso Abd el-Krim para liberar a los prisioneros y en el tramo final, cuando se formalizó el rescate en enero de 1923. El trabajo más sólido respecto a la negociación del Gobierno de concentración liberal empeñado en redimir a los cautivos corresponde a José María Marín Arce.

Hay consenso en identificar a Horacio Echevarrieta como la persona que representó al Gobierno presidido por Manuel García Prieto. Igualmente, coinciden en destacar a Dris Ben Said, "prestidigitador de las relaciones sociales" en palabras de Jorge Martínez Reverte, (2021: 91), como el mediador entre Abd el-Krim y las autoridades españolas, sin representar de manera oficial, en ningún momento del proceso, al Gobierno. Su figura, como se verá, fue controvertida, pues si bien despertó recelos entre los políticos y militares españoles, también fue considerado "pieza clave" en la definitiva liberación. Su participación le costaría la vida meses más tarde. En julio de 1923, en las cercanías del Tizzi Azza, mientras acompañaba a varios oficiales españoles con objeto de escrutar el campo, fue alcanzado en el vientre por una bala disparada a 400 metros. Probablemente fue asesinado por un sargento marroquí a cambio de 2000 pesetas, instigado por oficiales españoles, molestos por la confianza que el alto comisario había depositado en él con objeto de establecer un acuerdo de paz con Abd el-Krim (Madariaga, 2005: 329). Portaba un fular azul que le habían regalado poco antes, destacando su figura entre el color verdoso de los uniformes (Armiñán, 1930: 34).

El tiempo de cautiverio estuvo marcado por la ausencia de una negociación oficial, consecuencia de la falta de voluntad de los Gobiernos. Para las autoridades españolas, negociar el rescate con los "rebeldes salvajes" significaba reconocer la incapacidad de ejercer la acción de protectorado. Suponía considerar como igual a un "rebelde". Un nativo que coyunturalmente había conseguido reunir a varias fracciones de su cabila, Beni Urriaguel, y sumar a la jarca¹ descontentos de otras cabilas con la presencia española en su territorio. Además, se interpretó que negociar con Abd el-Krim le otorgaría adicionalmente una reputación que no tenía, la cual podía

¹ También se conoce como harca. En Marruecos, reunión de combatientes irregulares.

aprovechar para atraer a su lado a otros jeques. Por otro lado, Dámaso Berenguer, alto comisario y principal referente africanista, tampoco estaba dispuesto a entregar dinero a cambio de la libertad de los cautivos. Como alternativa proponía llevar adelante una gran ofensiva con la que se conseguirían dos objetivos a la vez: liberar a los prisioneros y castigar sin piedad a los cabileños. Idea que compartía el ministro de la Guerra del Gobierno de Maura, Juan de la Cierva, quien, durante los ocho meses al frente del Ministerio, se mantuvo inconcuso en su propósito: “dominar y destruir al enemigo” (Cierva, 1955: 263). Ambos decían confiar en la capacidad del ejército. Sin embargo, el presidente Maura no compartía la estrategia. Temía fracasar en un nuevo avance por tierra hasta Alhucemas. El pánico a la derrota era real por mucho que el alto comisario y el ministro pensaran que la victoria era posible.

Con el cambio de Gobierno en marzo de 1922, la estrategia respecto al rescate de los prisioneros no varió. El presidente Sánchez Guerra, conservador como el anterior, se mostró tajante y no titubeó: “por el rescate de los prisioneros el Gobierno de España no pagará”. El alto comisario continuó siendo Dámaso Berenguer, a quien el presidente ratificó en su puesto, y ya conocemos su opinión. La situación permaneció inalterable en julio de 1922 cuando Ricardo Burguete sustituyó a Berenguer al frente de la más alta magistratura española en Marruecos. La firme decisión del presidente llevó a Burguete a probar dos procedimientos diferentes. El objetivo en ambos casos fue liberar el mayor número de cautivos posible, consciente de que el rescate del conjunto era improbable sin una negociación oficial. Primero, lanzó proclamas sobre el Rif ofreciendo dinero a cambio de la libertad de los prisioneros. Más adelante intentó negociar con un nativo de Beni Urriaguel la liberación de un número indeterminado de cautivos mediante una operación arriesgada, también a cambio de dinero. Cabe especular que esta segunda fórmula no fue consensuada con el Gobierno.

La dimisión de Sánchez Guerra a principios de diciembre de 1922 permitió a Manuel García Prieto formar un Gabinete de concentración liberal. Dispuesto a liberar a los prisioneros, sin vacilar, encargó al ministro de Estado, Santiago Alba, actuar con determinación. El problema se resolvió sin complicaciones. Bastó un propósito firme para lograr en unas semanas lo que hasta entonces parecía irrealizable.

A lo largo del relato se aportan muchos detalles que nos ayudan a comprender la compleja coyuntura de los Gobiernos posdesastre, enfrentados a la disyuntiva de pagar por liberar a los cautivos, conscientes de que el dinero se emplearía para adquirir pertrechos de guerra y combatir al ejército español o dejar a cientos de españoles desamparados, en manos del enemigo. Se trataba de una cuestión humanitaria, pero también era un asunto de Estado. Para los conservadores prevaleció la segunda cláusula. García Prieto estimó prioritario liberar a los cautivos. Cuando desde el poder político, representado por ese último Gabinete, se contravino la posición de los militares, el régimen, con claros signos de deterioro, fue derribado meses después.

La investigación se sustenta en documentos de archivo, algunos inéditos. También las fuentes primarias y la bibliografía contribuyen a completar el artículo. El texto se estructura en torno a la sucesión diacrónica de los hechos y está dividida en tres partes. Cada una de ellas coincide con los gobiernos de Antonio Maura, José Sánchez Guerra y Manuel García Prieto.

1. Gobierno de Antonio Maura (14 de agosto 1921- 8 de marzo 1922)

Antes incluso del 9 de agosto, cuando tuvo lugar el terrible desenlace en Monte Arruit, campamento donde resistía el general Felipe Navarro junto con los restos del ejército de la Comandancia General de Melilla, el alto comisario, Dámaso Berenguer, recurrió a Dris Ben Said. Era este un antiguo compañero de Abd el-Krim, con quien había coincidido en la Universidad de Fez (Armiñán, 1930: 33). El alto comisario no lo conocía: “se me presentó Dris Ben Said diciendo que él era la única persona autorizada para llevar a cabo la negociación. En ese sentido tuve informes que confirmaban su aseveración”². Confiando en su palabra, el notable marroquí viajó hasta Axdir, localidad natal del beniurriaguél con el fin de evitar un drama similar al de Annual.

² *La Libertad* (en citas sucesivas [LL]) “La opinión de Berenguer sobre el rescate de los prisioneros”, 6 de noviembre de 1921. Disponible en Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España (bne.es) [Último

El alto comisario le pidió negociar una salida digna para Felipe Navarro y su ejército. Es posible que Berenguer no depositara demasiadas esperanzas, pues los precedentes a lo largo de las últimas dos semanas no invitaban al optimismo. Desde el 22 de julio, al rendir los mandos campamentos y posiciones a cambio de respetar la vida de la tropa, los pactos no se cumplieron y los harqueños masacraron sin compasión a los inermes soldados (Madariaga: 2005; Sainz: 2016). También le encomendó otros asuntos: mediar para recuperar el cadáver de Manuel Fernández Silvestre, comandante general de Melilla muerto en Annual; estudiar la forma de liberar a los prisioneros supervivientes y, por último, averiguar la posibilidad de llegar a un acuerdo para el cese de hostilidades en el Rif ³. Respecto al infortunado Silvestre, el mediador comunicó a finales de septiembre que, si querían recuperar su cadáver, debían enviar un ataúd de zinc. Sin embargo, parecía una información falsa, y en todo caso, si fuera el del malogrado general, estaría en tales condiciones, después de dos meses expuesto al sol del verano marroquí, que nadie podría reconocerlo. El asunto se cerró para no abrirse más.

Cinco días más tarde, en Melilla, Berenguer aguardaba noticias e impaciente, pues la situación de la guarnición de Monte Arruit agonizaba, escribía el 7 de agosto al comandante general de Alhucemas, coronel Manuel Civantos: "Dígame si Dris Ben Said está ahí y qué gestión está realizando para salvar columna Navarro". Civantos respondía que éste le había enviado una carta donde explicaba que el 3 por la mañana había salido de Axdir y que se dirigía a Monte Arruit. Finalmente, nada pudo hacer. Por otro lado, el general Navarro había negociado la capitulación con una comisión de jefes rifeños. Entre ellos se hallaba Ben Chel-lal, caído de Beni Bu Ifrur: persona que más garantías ofrecía (Sainz, 2016: 55). Además de este estuvieron Burrahail de Metalza, Abidalal de Abada, Bulahia de Beni Urriaguel, y otros de la confederación de cabilas de Guelaya, próximas a Melilla. Aunque finalmente el pacto no se cumplió y la traición se consumó, Ben Chel-lal mantuvo su voluntad de respetar la vida de los supervivientes (Madariaga, 2005: 206-207). Sin embargo, otros jefes no actuaron con el mismo compromiso y permitieron que la jarca, compuesta por un conglomerado de harqueños de diferentes cabilas, cayera sobre los indefensos soldados españoles. Tampoco Abd el-Krim pudo controlarlos, a pesar de que lo intentó, o al menos eso es lo que asegura en sus memorias⁴. Tan solo Navarro y algunos jefes y oficiales sobrevivieron a la masacre.

A partir de entonces y hasta enero de 1923, Dris Ben Said fue una figura omnipresente en el proceso del rescate. Desde Berenguer hasta Santiago Alba, además de otras personas, mantuvieron relaciones con el personaje. Las opiniones en torno a su persona divergen entre la confianza absoluta en su gestión y el desprecio por considerarlo interesado. Entre estos últimos el propio Berenguer, el ministro de la Guerra, Juan de la Cierva Peñafiel, y más adelante Ricardo Burguete.

Entre tanto, en Monte Arruit la columna del general Navarro había sido aniquilada (Pérez Ortiz, 2010), (Sáinz Gutiérrez, 2016), (Moreno Navarro, 2021), (Albi de la Cuesta, 2016). Quienes sobrevivieron a la matanza fueron hechos prisioneros. El 20 de agosto —entonces ya se había constituido el nuevo Gobierno presidido por Antonio Maura— el comandante militar del Peñón de Alhucemas solicitaba al alto comisario la presencia urgente en la isla del mediador Dris Ben Said para iniciar las negociaciones del rescate de prisioneros, pues habían manifestado desde Axdir su deseo de "terminar pronto este asunto". La tragedia, después de tres semanas, era de proporciones insólitas: miles de muertos y desaparecidos, por los que ya nada se podía hacer. Pando Despierto (1999) estima una cifra superior a los 10 000. La suerte de todos los implicados en aquellas infaustas jornadas: soldados, clases, oficiales y jefes que servían entonces en el ejército de la Comandancia General de Melilla, se conoce gracias a la exhaustiva investigación de Rafael Contreras (2017). Consumada la catástrofe, el esfuerzo del Gobierno y de las autoridades

acceso 17 mar. 2024].

³ Archivo General Militar de Madrid (en citas sucesivas AGMM), África. Con relación al rescate de los prisioneros existe amplia documentación localizada en los siguientes rollos: 485, 534, 535, 536, 764, 765, 767, 768, 770 y 771.

⁴ Archivo General de la Administración (en citas sucesivas AGA), África, 81/09979. Memorias de Abd el-Krim.

militares del Protectorado se centró en salvar Melilla del embate rifeño y en explorar las posibilidades de liberar a los cientos de prisioneros que habían hecho los “rebeldes”.

Al día siguiente, en España la prensa informaba de los hechos: “Los moros asaltan la posición de Arruit. El general Navarro y la oficialidad, prisioneros del enemigo”⁵. La noticia tuvo gran repercusión en la sociedad española cuya reacción fue inmediata. Miles de personas se congregaron en las calles y plazas de las ciudades españolas para manifestar la rabia que sentían por el cruel destino de centenares de jóvenes. De nuevo, como había sucedido en otras posiciones días antes, los harqueños incumplieron el compromiso de respetar la vida de los soldados tras la rendición. En un corto espacio de tiempo (dieciocho días) el Protectorado oriental había desaparecido. Tan solo se mantenía la capital: Melilla.

Inopinadamente para Silvestre —que pagó la incuria con su vida—, Berenguer y los políticos, todos responsables de lo sucedido, el ejército español sucumbió frente al empuje de la jarca. Sabemos que a otros no sorprendió. Hubo quien conjeturó que algo así podía suceder. Ricardo Fernández Tamarit, teniente coronel en 1921, destacado en el Zoco del T'latza de Bu-Beker, cabila de Metalza, había advertido al comandante general, con quien mantenía una buena relación, de la posibilidad de sufrir una derrota, apoyando su argumento en motivaciones tangibles⁶. Otros militares también habían alertado al comandante general de los riesgos que existían en avanzar sobre el territorio, sin consolidar la retaguardia. Fue el caso de los coroneles de Estado Mayor Fidel Dávila y Gabriel Morales (Pando, 1999; Albi de la Cuesta, 2016). Lo cierto es que otra vez había sucedido. Como en el barranco del Lobo en 1909 o en el paso del Kert en 1911, una masa de guerreros “salvajes”, “zarrapastrosos”, “renegridos” y llenos de piojos, sacudía las entrañas del país (Iglesias, 2019: 104-131; Macías, 2021: 329-382). Si bien, en este caso, las dimensiones sobrepasaban lo imaginable.

Comenzaba entonces para muchos el calvario del confinamiento. Otros llevaban dos semanas cautivos, la mayoría en Bu Ermana, cerca de la costa, en la cabila de Beni Said, donde los rifeños iban agrupando a los supervivientes de la masacre. El 6 de agosto una columna de 300 prisioneros, incluidos heridos y personal civil ponía rumbo al territorio de la cabila de Beni Urriaguel en el entorno de la bahía de Alhucemas. La caravana se detuvo en el campamento de Annual, donde se encontraban confinados algunos soldados (Basallo, 2021). Tres días más tarde, el general Navarro acompañado por algunos jefes y oficiales fueron conducidos hacia Axdir, aduar de Abd el-Krim.

La mayoría de los que sobrevivieron a la cacería, acabaron en manos de los nativos. Algunos, muy pocos, lograron llegar a Melilla. De entre quienes corrieron la suerte de ver respetada su vida, un número importante fue canjeado por dinero, pero este canal se cerró por orden de Abd el-Krim (Madariaga, 2005: 208). El jefe de Axdir ordenó la entrega inmediata a quien tuviera escondidos a soldados del ejército español. La idea era agruparlos y confinarlos para negociar con las autoridades españolas un rescate conjunto.

De este modo, Abd el-Krim proyectaba una imagen de líder sólido. En los últimos meses, y sobre todo desde junio, cuando comenzaron las derrotas del ejército de Silvestre, su influencia en el Rif había crecido notablemente. Consiguió capitalizar el descontento de los cabileños, molestos con la forma de actuar de los militares españoles, cuya actitud autoritaria y trato complaciente generaba rencillas entre la población. La animosidad con los nativos parece que fue una actitud bastante extendida entre la oficialidad. El testimonio del coronel José Riquelme López-Bago, en la declaración que ofreció a los miembros de la Comisión de Responsabilidades en 1923, refuerza la idea de la aversión que existía hacia el marroquí. Su experiencia en las Oficinas Indígenas, donde prestó servicio desde su creación en 1908, le permitió mantener una estrecha relación con los personajes más influyentes de las cabilas. En este sentido, Riquelme destacó que en la

⁵ *Heraldo de Madrid*, 11 de agosto de 1921. El titular y el contenido del artículo sirve de ejemplo para ilustrar lo que toda la prensa nacional, sin excepción, recogía el día 11 de agosto de 1921. Disponible en Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España (bne.es) [Último acceso 17 mar. 2024].

⁶ Biblioteca de la Escuela de Guerra del Ejército. Apuntes de Annual. Carta de Ricardo Fernández Tamarit a Manuel Fernández Silvestre. Zoco del T'latza de Bu-Beker. 16 de mayo de 1921.

década de los años diez hubo muchas resistencias a establecer el protectorado, es decir, a entregar el gobierno a las cabilas. Resistencias que en su opinión se debían a la falta de preparación de la mayor parte de la oficialidad⁷. Esta actitud no solo afectaba a los oficiales que servían en la policía indígena, pues sabemos, por ejemplo, que Francisco Gómez Jordana, comandante general de Melilla (1913-1915) y alto comisario (1915-1918), defendía la imposibilidad de entregar el poder a las cabilas, a los notables o jefes de fracción, “porque su influencia es más ficticia que real y, por tanto, no podemos entregar el mando a las autoridades locales”⁸.

Desde esa hegemónica posición, Abd el-Krim se hizo responsable de la custodia de los prisioneros y estableció las condiciones para su liberación. De no haber sido así, el rescate probablemente hubiera resultado más fácil, ya que las negociaciones se habrían llevado a cabo con cada uno de los captores, negociando por separado la cantidad por la entrega de los cautivos en su poder. Fue relativamente fácil para Abd el-Krim agrupar a todos ellos.

El número de prisioneros superaba los 500. El teniente coronel Pérez Ortiz da una cifra de 545 (2010: 37). En el AGMM encontramos datos distintos, que tampoco coinciden con las que aporta Pérez Ortiz; de hecho, oscilan entre los 560 y los 580⁹. En cualquier caso, resulta muy complicado conocer con exactitud el número exacto. En primer lugar, hubo dos grupos de prisioneros. Uno compuesto por Navarro, los jefes y oficiales en Axdir. El segundo grupo lo integraban la tropa y las clases, además de los civiles. Este ocupó tres asentamientos: Annual, Yebel Kama y Ait Kamara. El último campo de prisioneros ubicado en Beni Urriaguel, a 10 kilómetros de Axdir. Cabe especular que los prisioneros a finales de agosto de 1921 oscilaban entre 545 y 580. Los rescatados el 27 de enero de 1923 fueron 345. Durante el tiempo que permanecieron cautivos, algunos escaparon, pocos. Murieron entre 180 y 190.

No era la primera vez que las autoridades españolas tenían que negociar un rescate de prisioneros en Marruecos. En 1913, como consecuencia de la varada del cañonero General Concha en la playa de Busicur, en la costa de la cabila de Bocoya, el comandante general de Melilla, Gómez Jordana, llevó a cabo las gestiones para el rescate. Entonces los negociadores fueron el comandante militar de la isla de Alhucemas y el “moro Cibera o Civera”, personaje influyente de Bocoya. No intervino el Gobierno, tampoco los ministros de la Guerra o de Estado, ambos con competencias en el Protectorado. La mediación de este último se redujo a costear el gasto que implicó la liberación. El dinero que se pagó por los doce hombres liberados ascendió a 20 635 pesetas y, aunque el intermediario fue el citado Civera, la cantidad se repartió entre quienes habían apresado a los marineros¹⁰. En España poca gente conoció la noticia.

Entretanto, en Madrid, Antonio Maura, recién nombrado presidente del Consejo de Ministros, tenía por delante un espinoso asunto. Es posible imaginar al político sentado frente a la mesa del despacho, con el abrecartas en la mano rasgando y abriendo sobres, en cuyo interior se hallaban las cuartillas que, con letra clara, debido al esmero intencionado, las familias escribían solicitando la mediación del Gobierno para liberar a sus deudos:

Excelentísimo Señor: Las esposas de oficiales prisioneros de Axdir, las cuales desoyendo prensa y vulgo, apelando a su rectísimo y buen criterio para que nos diga de una vez y hemos de perder para siempre la esperanza de ver en un plazo breve rescatados a nuestros seres queridos, pues sepa que es mil veces preferible la realidad por muy amarga que sea a estar viviendo en la incertidumbre y congoja en que estamos viviendo, si vida se le puede llamar al estar sufriendo constantemente el temor de ver desaparecer de la manera más

⁷ Archivo de la Fundación Antonio Maura (En citas sucesivas FAM), 395/16. Documentos relativos a la Comisión de Responsabilidades por el desastre de Annual 1922 – 1923. Memoria de Riquelme sobre el Desastre de Annual.

⁸ AGMM, África, caja 690, legajo 117, carp. 2. “Plan de acción en la Comandancia de Melilla”. Carta que dirige Gómez Jordana al general Felipe Alfau, alto comisario en 1913.

⁹ AGMM, África, rollo 764, leg. 19, carp. 1.

¹⁰ Archivo General Militar Álvaro de Bazán, (en adelante AGMAB), 1176-309_ Buques, expediciones. General Concha-1. Gestiones para el rescate de los prisioneros.

trágica a estos pobres prisioneros mártires de la Patria. Nos dirigimos al jefe del Gobierno, único que nos puede sacar de esta terrible y desesperada incertidumbre¹¹.

Durante los meses posteriores al desastre, cientos de familiares de soldados escribieron al Ministerio de la Guerra solicitando información sobre el paradero de su allegado. Carmen Marchante (2023) ha compilado en una monografía más de 700 escritos.

Como consecuencia de la concentración de los prisioneros en manos de Abd el-Krim, entró en escena un nuevo mediador: Luis Montes. El Gobierno recurría a este ingeniero (en el AGMM a veces aparece como arquitecto), “amigo” del hermano de Abd el-Krim, M’hamed, con quien había coincidido en la Residencia de Estudiantes de Madrid. El menor de los Abd el-Krim había sido becado por el ministro de Instrucción Pública. Apodado “el chico” por los prisioneros, tenía un aspecto poco marcial, más bien enfermizo y era considerado un joven bastante culto (Pérez Ortiz, 2010: 230). Montes contaba con el apoyo del ministro de la Guerra, Juan de la Cierva, y también con el respaldo de Dámaso Berenguer. El joven asturiano escribió una carta a M’hamed en la que solicitaba una entrevista:

Acaso tenga V. noticias por la prensa española, caso de que la lea, de mi viaje con objeto de visitarle. Si no la tiene V. estas líneas servirán para anunciarla. Yo no he olvidado la simpatía y la sincera amistad que V. me inspiraba durante el tiempo que pasamos juntos en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Espero que V. no lo haya tampoco olvidado, y en nombre de esa amistad y confiado en ella he venido desde Oviedo para solicitar una entrevista de V. He seguido con gran interés la actuación de V. y de su hermano y con placer he visto que respondía a la idea que yo tenía formada de V. pues si ha combatido a mi país, lo ha hecho de un modo leal y guardando las reglas de una vida civilizada. Si pues puede V. concederme la entrevista que le pido, dígame las condiciones en que ha de verificarse contando con que de antemano las acepto todas sin el menor reparo¹².

La respuesta de Abd el-Krim, correcta y en términos amistosos, rechazaba la petición:

Mi querido amigo: he tenido el gusto de recibir vuestra grata en la que me acusa la nueva de vuestra llegada al Peñón y los vivos deseos de celebrar una entrevista conmigo. En esta su casa también sentimos muy de veras mayor deseo de recibirle y otorgarle una buena acogida debido a nuestra estudiantil como inolvidable amistad; pero como usted ha seguido precisamente con interés las circunstancias que atraviesa el Rif pueden hacerse cargo de que por el momento es materialmente imposible acceder a sus deseos sin que por ello pueda manifestarme el objeto humanitario de que usted hace referencia en su carta¹³.

Luis Montes denunció que su misión había resultado infructuosa porque en torno a los prisioneros había interés en que solo determinadas personas tuvieran que ver con el asunto. Atribuyó, pues, su fracaso a envidias y señaló en declaraciones a *La Libertad* que “la cuestión de los prisioneros está envuelta en un misterio. Mi carta coincidió con la presencia de otra persona, muy amiga de Abd el-Krim, y ella sin duda, inclinó el ánimo de este. El Gobierno y sus autoridades deben saber quiénes son sus representantes en el campo enemigo”¹⁴. Montes escribió al ministro La Cierva, explicando que tenía sospechas de que tanto a Dris Ben Said como a Antonio Got, a Manuel Civantos y a Horacio Echevarrieta no les movían razones humanitarias, sino que estaban allí por interés. El agio les empujaba a ganarse la confianza de Abd el-Krim como paso previo a la explotación de las minas de hierro que se decía había en el territorio de Beni Urriaguel. Sospechaba incluso que su carta no había llegado a leerla Abd el-Krim, sino que simulaban una

¹¹ Fundación Antonio Maura (en citas sucesivas FAM), 275/7, leg. 242, n.º 3.

¹² AGMM, África, rollo 535, Año 1921. Rescates de los jefes, oficiales y tropa cautivos (prisioneros) en poder de los indígenas.

¹³ Ibid.

¹⁴ [LL] “El fracaso del ingeniero Montes, o el misterio del rescate”, 7 de septiembre de 1921. Disponible en Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España (bne.es) [Último acceso 20 mar. 2024].

respuesta los citados interesados con el objeto de que se le apartara del asunto¹⁵. No tenemos por qué dudar que la carta de respuesta fuera escrita por H'Hamed Abd el-Krim. Simplemente había otros mediadores y el joven ingeniero no ofreció garantías en Axdir. Cuando se comprobó que no se le recibiría en Axdir, dejó de ser útil. Probablemente, el tono áspero que se apreciaba en el artículo publicado en *La Libertad*, y en la misiva que le remite al ministro de la Guerra, sean consecuencia de su enfado por el fracaso de la misión.

En realidad, los cuatro personajes a los que se refiere Luis Montes formaban parte de las diferentes comisiones que, a instancias del Gobierno, o del alto comisario, se crearon para el rescate. De esta manera, aparecía por primera vez en escena el empresario Horacio Echevarrieta, a quien entonces representaba Antonio Got, un militar que había dejado la milicia para explotar su talento como dibujante y escribir crónicas de guerra de las campañas españolas en el Protectorado (Díez Sánchez: 2011). Junto con Dris Ben Said y Manuel Civantos llevaron a cabo diferentes tratos para conseguir liberar a los cautivos. Finalmente, aquellos "interesados" fueron quienes mediaron en el rescate en 1923. El teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz reconoció que Dris Ben Said se mostró "entregado por conseguir nuestra libertad" (Pérez Ortiz, 2010: 237).

Mientras, los meses pasaban y los cautivos seguían en manos de los rifeños. En España había dudas sobre la eficacia del Gobierno en la gestión del asunto. El diario *La Acción* publicaba un artículo al respecto: "El rescate ¿quién lo gestiona?, ¿cómo y en qué condiciones se gestiona?" El redactor se preguntaba por qué se ponían en marcha diferentes estrategias para rescatar a los prisioneros: "Individual y desinteresadamente el señor Hidalgo, que aboga por su amigo el capitán de Ingenieros Aguirre. Colectiva e interesadamente, Dris Ben Said y sus colaboradores de gestiones mineras. Este moro fue hace días a llevarle al general Berenguer la noticia de que Abd el-Krim pedía 4 300 000 pesetas"¹⁶. Durante el otoño de 1921, una vez agrupados los prisioneros, ante la falta de voluntad del Gobierno, se sucedieron iniciativas particulares con el fin de liberar a grupos concretos de cautivos. Ya se ha apuntado la iniciativa de Hidalgo para conseguir la libertad del capitán Aguirre y sus colegas de Ingenieros; intento que el Gobierno desbarató. Otra partió de la Compañía Minera La Alicantina, cuyo presidente pretendió el rescate de sus obreros por mediación de Dris Ben Said. También en este caso el Gobierno prohibió continuar las gestiones. Desde Madrid se aducía que el rescate debía hacerse en bloque (Madariaga, 2005: 214-216).

Días más tarde, el alto comisario intentaba calmar a la opinión pública. Aseguraba que el asunto estaba en manos del Gobierno, aunque reconocía un inconveniente invencible: "la falta de una personalidad o de personalidades que ofrezcan garantías para poder tratar sin temor a engaño". Lamentaba que hasta ese momento el trabajo había tenido que limitarse a exploraciones para averiguar el propósito del enemigo. Ahora que sabían que pedían 4 000 000 de pesetas, le parecía una cantidad desorbitada, pero reconocía: "todo me parece poco si se ha de conseguir su liberación. Lo único que en ese punto exigiría yo es que se nos garantizara que las cantidades que diésemos no se utilizarán para adquirir material de guerra"¹⁷. La prensa no ocultaba la sorpresa que producía escuchar que el Gobierno de España por boca de su presidente, ministros y alto comisario: "no podemos entregar a los moros [sic] un dinero para que se armen contra nosotros, porque la razón es otra vergüenza más: la confesión de nuestra impotencia para dominar al enemigo si este cuenta con cuatro millones de pesetas"¹⁸.

Cabe interpretar que esta no fuera la verdadera razón porque, aun así, la potencia de fuego del ejército español en África era infinitamente mayor. Cuatro millones era casi el gasto del ejército español en África en una jornada de campaña (Tejeiro, 2016: 344). Por el contrario, sí existía verdadero pavor en el Gobierno, muy acusado en Antonio Maura, a sufrir cientos, miles de bajas en

¹⁵ Ibid., "Graves revelaciones. Los prisioneros de Abd el-Krim", 29 de octubre de 1921. Disponible en Hemedroteca Digital. Biblioteca Nacional de España (bne.es) [Último acceso 20 mar. 2024].

¹⁶ *La Acción* (en citas sucesivas [LA]), 1 de noviembre de 1921. Disponible en Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España (bne.es) [Último acceso 20 mar. 2024].

¹⁷ [LL] "La opinión de Berenguer sobre el rescate de los prisioneros", 6 de noviembre de 1921. Disponible en Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España (bne.es) [Último acceso 20 mar. 2024].

¹⁸ Ibid.

caso de llevar adelante un ataque a fondo por tierra¹⁹. El 18 de octubre, en Axdir, los prisioneros conocían por Dris Ben Said que el Gobierno de España exigía como condición la garantía de que el dinero no se invirtiera en armamento. Eduardo Pérez Ortiz escribe en sus memorias un lacónico “sin comentarios” (Pérez Ortiz, 2010: 237).

En efecto, Abd el-Krim solicitaba algo más de cuatro millones de pesetas y la liberación de 40 presos rifeños confinados en cárceles españolas²⁰. El Gobierno estaba dispuesto a negociar la segunda exigencia, no así la primera. La razón la explicaba Antonio Maura en el Senado: “Ese dinero son cabezas de soldados españoles, es sangre del Ejército que hemos llevado a combatir [...] Nosotros consideramos ilícito moralmente, honradamente, políticamente execrable cualquier cosa que nos coloque en situación de deslealtad con nuestro Ejército, y es deslealtad dar armas al enemigo para que le combata” (Terreros, 2014: 327). El ministro de la Guerra justificaría su apoyo al argumento del presidente en las memorias publicadas dos décadas después de los hechos:

Abd el-Krim quería que, por los prisioneros, no solo pagásemos un rescate enorme, más de cuatro millones, que le habría de servir para adquirir armas contra nuestros soldados, y aviones, como lo intentó, para bombardear las costas de España; no solo mucho dinero, sino que cesaran nuestros ataques y le dejáramos consolidarse en el Rif. No era posible acceder a ello (Cierva, 1955: 254).

El reconocido militar africanista José Sanjurjo —comandante general de Melilla tras la desaparición de Silvestre— y el alto comisario, quien, a pesar de sus palabras a la prensa, se negaba a entregar una sola peseta a aquellos que habían ultrajado el honor del Ejército, interpretaban que de ese modo el Estado español, instrumento civilizador, hincaba la rodilla ante una horda de “harapientos salvajes”. En la fase final del rescate, en enero de 1923, el mediador Dris Ben Said, desvelaba a Santiago Alba, ministro de Estado, dónde radicaban los verdaderos problemas que se encontró para el rescate:

Continúo luchando contra los beniurriagueles del Rif y los de España. Con los del Rif puedo asegurar que al fin he de triunfar puesto que el asunto marcha por buen camino [...] En cuanto a los beniurriagueles de España, que hay en Marruecos y son militares, estos no están de acuerdo y su afán es poner trabas, pero gracias a Dios ha conseguido [se refiere a Santiago Alba] por el momento evitar las intromisiones de tantos generales, capitanes, Raisunis y coroneles en este asunto, que lo han estropeado, ofreciendo cantidades mayores a las anteriores²¹.

Abundando en esta reflexión de Ben Said, el general Valeriano Weyler, quien había ocupado el cargo de jefe del Estado Mayor Central del Ejército hasta enero de 1922, en una entrevista que concedió al periódico *El Imparcial* afirmó que, efectivamente, mientras Berenguer continuara al frente de la Alta Comisaría, no habría ninguna posibilidad de rescatar a los prisioneros²². El viejo militar había criticado también a Berenguer por no socorrer el campamento de Monte Arruit en las agónicas jornadas de agosto. El ministro la Cierva (1955: 259) en defensa del alto comisario señala en sus memorias que Weyler “andaba en contacto con los enemigos de la guerra, más excitados cada día por la buena marcha de las operaciones”.

La propuesta de los partidarios del “desquite” —así se denominó la campaña que siguió a la tragedia del verano de 1921—, representados por los africanistas, y en el Gobierno por el ministro de la Guerra, era una acción de guerra enérgica, que causara un grave daño a los nativos. “Mis

¹⁹ FAM, 351/17. En Pizarra, pueblo de Málaga donde se celebró la Conferencia para definir la estrategia militar en Beni Urriaguel, se decidió llevar adelante un desembarco en la bahía de Alhucemas para escarmentar a Abd el-Krim y sus concabilleños. Jamás por tierra, sentenció Maura.

²⁰ AGMM, África, rollo 535.

²¹ Idem.

²² *El Imparcial* (En citas sucesivas [E/]), 27 de junio de 1922. Disponible en Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España (bne.es) [Último acceso 21 mar. 2024].

instrucciones constantes —confirma en sus memorias Juan de la Cierva— eran que no habíamos de retroceder nunca porque con el ejército que teníamos podíamos ir a todas partes sin temor alguno al fracaso” (Cierva, 1955: 264).

Antonio Maura coincidía en el castigo a Beni Urriaguel; sin embargo, no consintió una operación que juzgaba suicida. Por tierra había quedado demostrado que era una temeridad. Además, quería evitar la apariencia “dañosa y equivoca” de que se quisiera ocupar militarmente el país²³. Opinión contraria a la de su ministro de la Guerra. Divergencias, pues, en el seno del Gobierno, fueron la causa de un cambio en la estrategia. A pesar de los trágicos efectos sufridos por los prisioneros cada vez que el ejército español avanzaba en el Rif, el plan continuaba siendo escarmentar a Abd el-Krim. Con ese propósito se citaron en Pizarra —pueblo de la provincia de Málaga— las principales autoridades militares y políticas del país. La “Conferencia de Pizarra”, como se conoció el encuentro, se celebró entre el 4 y el 6 de febrero de 1922. Los asistentes convinieron en llevar a cabo un desembarco en las playas de la bahía de Alhucemas. Con relación a los prisioneros... encomendaron el asunto a la Cruz Roja.

Berenguer, en un tono que denota angustia, explicaba a la Cierva que había recibido a las esposas de los oficiales en Melilla: “las he confortado en su gran pena anunciando la llegada de Fernández Almeyda (en algunos documentos aparece escrito Almeida)”. El nuevo intermediario era el presidente de la institución en España al cual —así se lo comunicaron a las familiares— se le confiaba la tarea de persuadir a Abd el-Krim para liberar a los cautivos. Almeyda asumió la empresa en su nombre: oficialmente, no representaba al Gobierno de España²⁴. La documentación de archivo demuestra que, en realidad, el encargo fue advertir de las consecuencias que sufriría el pueblo rifeño si no dejaba en libertad a los prisioneros. La prensa confirmaba este extremo. El 11 de febrero de 1922 en *La Correspondencia de España* Ramón Goy de Silva titulaba: “Ultimátum a Abd-el-Krim. El bloqueo y los preparativos para el desembarco”²⁵.

De hecho, hacía dos meses que el Gobierno había confiado a la Cruz Roja la facultad para gestionar el envío de vituallas a los prisioneros por cuenta del Estado. En diciembre de 1921, Berenguer había apartado a Dris Ben Said del asunto y “mientras tanto veremos lo que se puede conseguir por los otros conductos que se tratan de establecer por Melilla”. Así lo comunicaba a la Cierva, quien se mostró del todo conforme ya que, refiriéndose a Ben Said: “no puede disimular su codicia en el negocio”²⁶.

La tarea de Almeyda fue intrascendente. La duquesa de la Victoria, dama enfermera de la Cruz Roja, confirmaba a Manuel Cerezo Garrido, presidente de la Comisión Prorrescate, institución civil con sede en Madrid, muy activa durante el tiempo de cautiverio: “En cuanto a los pobres prisioneros, desgraciadamente nada puede hacer ninguna entidad particular; solo el Gobierno es el que puede conseguir el rescate, pues se lucha con dificultades tan insuperables, que es inútil tratar de emprender una acción particular” (Cerezo, 1922: 153). Las “dificultades insuperables” a las que se refiere Carmen Angoloti Mesa ya las conocemos: los “beniurriagueles del ejército español”, los africanistas, opuestos radicalmente a la entrega de dinero al enemigo. También los políticos: ni Antonio Maura ni su ministro de la Guerra consentían pagar por liberar a los cautivos.

El tiempo del Gobierno de la “reconquista” o del “desquite” había pasado. Parece evidente que reconquista del territorio y canje de prisioneros a cambio de dinero eran en sí mismo pura contradicción. El 8 de marzo de 1922, Maura dimitía y junto a él sus ministros. Diferencias internas se apuntaron como causa fundamental. Entre ellas, la cuestión de Marruecos y en particular el desgaste provocado como consecuencia de la presión que la opinión pública ejercía en favor del rescate de los prisioneros. La prensa informaba de los mítines que tenían lugar en Madrid, convocados por la Comisión Prorrescate, y siempre con el fin de presionar al Gobierno para que intercediera en la liberación de los infelices cautivos. A estos actos acostumbraba a asistir la escritora

²³ FAM, 351/17, p. 2.

²⁴ FAM, 364/11.

²⁵ Disponible en Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España (bne.es) [Último acceso 21 mar. 2024].

²⁶ AGMM, África, Rollo 536. Conversación telegráfica entre Berenguer y La Cierva, 5 de diciembre de 1921.

Carmen de Burgos *Colombine* en representación de la Cruzada de Mujeres Españolas, quien aprovechaba sus discursos para defender la igualdad de la mujer en la sociedad. En un célebre mitin en el Teatro Fuencarral arengaba al público exaltando a la vez el papel de la mujer: “Siquiera nosotras no hemos fracasado, por lo cual debemos mandar, y no debe jamás elegirse para ningún cargo, a los hombres, que no solo han fracasado, sino que hasta han deshonrado a su sexo. ¿Qué hace el Gobierno? ¿Por qué no permite trabajar a la iniciativa popular?” (Cerezo, 1922; 173)²⁷.

Carmen de Burgos conocía las vicisitudes de los soldados españoles en Marruecos. Durante la campaña de 1909 en las proximidades de Melilla, visitó la ciudad, enviada por el *Heraldo de Madrid* para informar de la labor de la Cruz Roja. Durante el mes y medio que permaneció en Melilla, vio de cerca la guerra y las penalidades en campaña. Aquella experiencia la plasmó en la novela corta *En la guerra. Episodios de Melilla* donde descubre la crueldad de la guerra. Hoy día se la considera la primera corresponsal de guerra española (Díez, 2023; 237-250).

2. Gobierno de José Sánchez Guerra (8 de marzo de 1922- 7 de diciembre de 1922)

La llegada de Sánchez Guerra a la presidencia del Consejo de Ministros no implicó cambios respecto a la gestión del rescate de los prisioneros; sí, con relación a la estrategia a seguir en el Protectorado. El nuevo presidente del Consejo decidió, en primer lugar, suspender *sine die* la operación de desembarco en Alhucemas, que recordemos se había acordado en Pizarra llevar a cabo en junio. En su lugar, propuso adquirir más aviones de combate. La armada ya contaba con una escuadra de hidroaviones. El objetivo del presidente era reunir el mayor número de aparatos para efectuar en el territorio de la cabila de Beni Urriaguel un raid aéreo (incursión militar) e imponer a los “rebeldes” un severísimo castigo, “si fuera posible, la destrucción total de sus aduares y sus cosechas”²⁸. Por las instrucciones que el Gobierno dio a Berenguer se extrae la impresión de que perseguía vengar la afrenta rifeña y castigar a la tribu de Abd el-Krim, principal instigadora de los hechos de Annual. Una vez logrado el objetivo, el alto comisario y el Gobierno dedicarían los esfuerzos a intensificar la acción política, con el fin de implantar el protectorado “en toda su pureza” —así lo define Ricardo Burguete, alto comisario entre julio y diciembre de 1922— y alcanzar la pacificación definitiva de la zona oriental, asegurando también el dominio en la central²⁹. Respecto a la zona occidental, se acordaba no entablar tratos de carácter oficial con El Raisuni, salvo que fuera para admitir su inmediata rendición. Poco después el Gobierno cambiaría de estrategia y buscaría el acuerdo con el jerife de Tazarut.

¿Y respecto a los prisioneros? “Nuestra sensación es que se nos abandona”. Así de rotundo se muestra el teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz, cautivo en Axdir (Pérez Ortiz, 2010: 257). ¿En realidad, se les abandonaba? No exactamente. Sin embargo, entre marzo y diciembre apenas hubo contactos. Esa inacción fue muy criticada por varios diputados en el Congreso, quienes interpellaron al ministro de Estado, José Fernández Prida. El ministro se defendía argumentando que trabajaban por liberar a los cautivos. Con ese fin había nombrado a dos representantes del Ministerio de Estado para negociar con Abd el-Krim. Por otro lado, admitía que había otros procedimientos en marcha dirigidos por el alto comisario. Reconocía la exigencia de coordinar las distintas líneas abiertas sobre todo para trasladar al campo enemigo una sensación de unidad³⁰. Prida esgrimía las mismas excusas que el anterior Gabinete: inconsistencia de los rifeños y no querer negociar. La impresión que se infiere de los debates parlamentarias es que en los Gobiernos había un miedo cerval a que Abd el-Krim alcanzara un poder omnímodo más allá de los límites, de por sí extensos, de su cabila.

²⁷ Ibid., p. 173.

²⁸ FAM, 395/16.

²⁹ FAM 395/16. Memoria del general Burguete elevada al Gobierno de su Majestad el 19 de diciembre de 1922.

³⁰ *Diario de sesiones. Congreso de los Diputados*. Legislatura 1922-1923, 5 de julio de 1922, N.º 85, página 3392.

El caballo de batalla seguía siendo el dinero que solicitaba Abd el-Krim. Antes Maura y ahora Sánchez Guerra no estaban dispuestos a entregar la cantidad exigida: “ese dinero, en manos de un ejército irregular como aquel, puede servir para que mueran otros ciudadanos españoles que van a Marruecos a defender nuestro prestigio”³¹. El discurso de los nuevos gobernantes no se movía ni un ápice de las posiciones que había sostenido el anterior ejecutivo.

El 20 de julio Ricardo Burguete Lana sustituía a Dámaso Berenguer al frente de la Alta Comisaría³². El nuevo alto comisario era coetáneo del dimisionario Berenguer, también de Manuel Fernández Silvestre, José Sanjurjo, José Cavalcanti, Severiano Martínez Anido y Miguel Primo de Rivera. Todos ellos con experiencia en el Protectorado. La mayoría de talante africanista, o sea, partidarios de la colonización por la fuerza (Alía Miranda: 2018; Alonso Baquer: 1983; Bachoud: 1988; Balfour: 2002; Boyd: 1990; Cardona: 1991; González-Pola de la Granja: 2003; Jensen: 2019; Macías: 2019; Núñez: 1990; Puell de la Villa: 2005). Otros como Miguel Primo de Rivera, futuro dictador, mostró siempre, antes del golpe de Estado e incluso después del desembarco en Alhucemas, una posición abandonista (Quiroga, 2022: 51). El propio Burguete, con pasado vinculado a las Juntas de Defensa militares (especie de sindicato militar, con una larga lista de agravios profesionales y mejora salarial) se mostró partidario de poner en marcha un protectorado civil, aunque en los documentos se aprecia ambigüedad en cuanto al significado de “civil”³³.

Lo cierto es que el nuevo alto comisario se presentó en Tetuán, capital del Protectorado, como el mesías, el elegido por el Gobierno para alcanzar la paz en el territorio y liberar a los prisioneros. Al igual que sus compañeros, se había formado en la Academia General Militar de Toledo. Recibió su bautismo de fuego en la campaña de Melilla de 1893, sirvió en Cuba y en Filipinas. Con el grado de teniente coronel fue destinado por segunda vez a Melilla en 1909. Su nombramiento fue recibido con gran expectación. Si tenemos en cuenta su opinión, la situación en el Protectorado era de una gravedad extrema: crédito agotado, moral de las tropas decaída y desaliento en la opinión pública. “Todo lo anterior exigía soluciones para salir de una vez de aquella pesadilla”³⁴. El Gobierno plasmó en un documento, suscrito por el alto comisario, los objetivos que tenía para Marruecos. Se trataba del mismo decálogo que había asumido Dámaso Berenguer, y cuyo incumplimiento derivó en las discrepancias que motivaron su dimisión.

A pesar de la “extrema gravedad” expresada al hacerse cargo de la institución, mes y medio después hizo unas declaraciones al diario *La Correspondencia Militar* en las que desvelaba sus intenciones y donde se advierte un cambio radical en su impresión. Ciertamente, es como si hablara de situaciones distintas y espacios diferentes:

Yo no he ido a Marruecos para actuar en una guerra crónica. Mi misión es aplicar remedios heroicos para terminar con esa guerra crónica, y estos son una política intensa, aplicando las armas cuando es preciso. Calculo que, empleando bien como pan la política y, como palo las armas, pero no en operaciones cruentas, sino en continuos movimientos; que vean las tropas, que sientan el castigo de las fuerzas aéreas y navales, en enero habré conseguido todo, o sea estaremos en Alhucemas, sin que nos haya costado combates el ir allá; los prisioneros rescatados, y unida la zona de Tetuán con la de Melilla. Y si todo esto no he podido conseguirlo en enero, me consideraré como fracasado y me marcharé; que vaya otro, pues yo a una guerra crónica no me someto³⁵.

¿Cómo es posible describir un panorama tan negro y en cuarenta y cinco días prometer la solución a tres meses vista? Después de trece años de campañas intermitentes, en el peor momento para las armas españolas, Burguete prometía una solución relámpago. La altivez que

³¹ Ibid., p. 3396.

³² BOE, *Gazeta de Madrid*, R.D. 15 de julio de 1922.

³³ FAM 395/16. Memoria del general Burguete elevada al Gobierno de su Majestad el 19 de diciembre de 1922.

³⁴ Ibid.

³⁵ *La Época* (en citas sucesivas [LE], 1 de septiembre de 1922. Disponible en Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España (bne.es) [Último acceso 22 mar. 2024].

demuestra el alto comisario no es exclusiva de él. Su predecesor, el 2 de febrero de 1919, al pie del barco en el que había viajado hasta Ceuta, declaró: “lo de Marruecos lo hemos de arreglar en ocho meses o cuando más un año” (Albi de la Cuesta, 2016: 150).

Estos rasgos de mesianismo militar aparecen en el origen de la Restauración. Fue entonces cuando Cánovas del Castillo, principal ideólogo del sistema, otorgó a la institución funciones hasta entonces fuera de los límites del Ejército, al convertirlo en fiel celador del honor nacional. Además, la Constitución de 1876 había concedido a Alfonso XII el mando supremo de las FF. AA., contribuyendo de este modo a crear un vínculo estrecho entre el rey-soldado y la institución (Puell, 2021). Esta comunión de ideas se consolidó a principios del siglo XX. El 17 de mayo de 1902 Alfonso XIII cumplía los 16 años e iniciaba su reinado poniendo fin a la regencia de su madre María Cristina. La ascensión al trono de Alfonso XIII, en cuya educación lo militar había desempeñado un papel determinante, reforzó los lazos entre la Corona y la milicia. A partir de ese momento, Ejército y monarca asumieron un destino compartido: guardar las esencias de la Patria. Así, cuando los movimientos obreros emergieron con fuerza, el sindicalismo anarquista protagonizaba atentados y las manifestaciones del separatismo periférico, catalán principalmente, desbordaban la capacidad de respuesta de los cuerpos de seguridad del Estado, fueron los militares quienes se encargaron de reprimir a las masas. Llegaron, pues, a considerarse imprescindibles para la resolución de los problemas de los españoles: en el Protectorado también. Unos años más tarde en 1923, el golpe de Primo de Rivera respondía a este mismo imaginario. Un nacionalismo militar de corte regeneracionista fue el argumento que utilizó para legitimar el golpe de Estado y la Dictadura (Quiroga, 2022: 15).

Con relación al rescate de los prisioneros, Burguete en su declaración a la Comisión de Responsabilidades explicó una parte de su programa, la otra, porque hubo dos, la omitió. Se hará hincapié en ella más adelante. Desde el primer momento apreció cómo alrededor del rescate “pululaban infinidad de agiotistas, que más que el bien a la patria apetecía el de su bolsillo y el de su notoriedad”, refiriéndose entre otros al franciscano Emiliano Revilla, antiguo oficial del ejército y piloto de aviación, a Manuel Cerezo Garrido, presidente de la Comisión Prorescate, y a Dris Ben Said³⁶.

A la vanidad aludida, las autoridades militares en el Protectorado añadían otra característica: pergeñar ocurrencias. La de Burguete para liberar a los cautivos partía de una conjetura: Abd el-Krim no pondría en libertad a los prisioneros porque los consideraba rehenes y no prisioneros. A partir de esta hipótesis, arrojó sobre Beni Urriaguel miles de proclamas donde ponía precio a los prisioneros. El comunicado decía así: “Quienes liberen a prisioneros serán gratificados. Si es el general 50 000 pesetas. Por cada jefe u oficial 20 000 y 5000 por los soldados”³⁷. Pocos meses más tarde, al cesar en el cargo, entregó la memoria de su actuación en el Protectorado. En ella se puede leer, no sin sorpresa, que su plan era magnífico pues “la codicia que caracteriza a los cableños es donde radica el éxito del plan”. Además, debilitaría a Abd el-Krim ya que no conseguiría la jugosa recompensa que pedía para adquirir armas y pertrechos de guerra. El magistral plan no logró la libertad de un solo prisionero y el autor tampoco reconoció su error: la falta de autocrítica: tercera cualidad de una parte de los militares españoles del periodo.

No nos equivocamos si afirmamos que Burguete era consciente del robusto liderazgo de Abd el-Krim. No se comprende de otro modo el procedimiento que puso en marcha para lograr el rescate. Al mismo tiempo que los aviones lanzaban las proclamas, inició una maniobra secreta, compleja y arriesgada. Lo confiaba todo nada menos que a la palabra de un beniuurriaguely, quien prometía liberar a un número indeterminado de cautivos a cambio de dinero³⁸. Un recurso sorprendente si tenemos en cuenta la consideración generalizada de los militares respecto a los nativos: “El moro es el ser de las mejores palabras y los peores hechos” (Pérez Ortiz, 2010: 256). Esta es la parte de la estrategia que ocultó en la memoria. Quizá se deba a que ni él mismo

³⁶ FAM 395/16.

³⁷ AGMM, África, rollo 535.

³⁸ AGMM, rollo 485. Tropas de policía indígena de Melilla (primera mía) oficina de información de Cabo de Agua. Plan para rescatar a prisioneros de Axdir.

confiaba en el plan; sin embargo, pudo pensar que tampoco perdía nada por intentarlo, pues en caso de salir bien la gesta le granjearía la gloria eterna. Las dificultades saltan a la vista, ya que sorprender a Abd el-Krim, en su territorio, en su poblado, donde se encontraba el campo de prisioneros de oficiales, defendido por sus hombres más leales, la mayoría de su misma fracción, Ait Yusef u Ali, resulta harto difícil. De hecho, en el análisis de la documentación de archivo se observan órdenes contradictorias y demuestra poca solidez: significó pérdida de tiempo y dinero.

Las negociaciones se llevaron adelante en secreto. Ciertamente, después de un análisis exhaustivo de la prensa, entre agosto y finales de noviembre de 1922, nada respecto a la maniobra trascendió. Cabe preguntarse si el presidente del Consejo conocía el procedimiento puesto en marcha por Burguete. En la documentación de archivo examinada no se han encontrado pruebas de que Sánchez Guerra estuviera al tanto de la negociación. Este extremo no asegura que no lo supiera; sin embargo, hasta que no contemos con datos que lo rectifiquen, se puede apuntar que, efectivamente, no tuvo noticias del plan de rescate.

El centro de operaciones estuvo ubicado en la Oficina de Información de Cabo de Agua, sede de la primera mía de la Policía Indígena de Melilla. El 7 de agosto de 1922 se iniciaron los contactos. Casi al mismo tiempo, Luis de Oteyza, director del diario *La Libertad*, junto al fotógrafo Alfonso Sánchez Portela y Pepe Díaz de *Prensa Grafica*, visitaba a los prisioneros en Axdir (Oteyza, 2018; Soler, 2024). Por parte española estaban presentes el teniente José Civantos (teniente comandante de la primera mía), el intérprete José Gomís Soler (civil al servicio de la Alta Comisaría) y el funcionario Antonio Sánchez del Pino (agente principal del Servicio de Rescate de Prisioneros. Este organismo fue creado *ad hoc* para el rescate y disuelto tras renunciar a la operación)³⁹. Por la otra parte, el rifeño Haddu Bokoy, natural de Beni Urriaguel y el alcalde de Port-Say (Argelia), Monsieur Antoine Guirado. El primer encuentro tuvo lugar el 8 de agosto en la zona francesa del Protectorado a las 10 de la noche, a 3 km de la desembocadura del Muluya. Antoine Guirado se expresaba en francés en nombre de Bokoy. Garantizaba que este se hallaba dispuesto a liberar a 20 o 30 prisioneros, entre ellos el general Navarro, mediante un plan concebido por él. Aseguraba contar con la ayuda de su familia. Solicitaba 15 hombres de las cabilas Ulad Settut o Beni Bu Yahí a quienes asignaría la tarea de escoltar a los prisioneros redimidos hasta el lugar de embarque. El punto concreto no lo tenía claro: podía ser cala Bonita, cala del Quemado, la playa de la Cebadilla... Siempre en territorio de Bocoya, fuera de Beni Urriaguel.

Por el trabajo Bokoy pedía 100 000 pesetas por cada cautivo redimido; sin embargo, la comisión española negoció hasta rebajar la cantidad a 30 000, sin distinción de jerarquías. Se convino en realizar una nueva entrevista tan pronto anunciara su conformidad el alto comisario. Ricardo Burguete se mostró de acuerdo, excepto en el dinero. No pagaría por el rescate más del anunciado en las proclamas lanzadas por los aeroplanos en las cabilas del Rif.

El 10 de agosto Sánchez del Pino viajó a Port Say para comunicar la noticia. Haddu Bokoy, se mostró conforme. Al día siguiente Bokoy partió hacia Alhucemas portando consigo algunas cartas para los prisioneros. A su regreso, el 11 de septiembre, en una playa próxima a Port Say se reunieron las partes. Haddu explicó que había conseguido persuadir a la guardia de los cautivos. Tenía esperanzas de liberar a más de 50. Por otro lado, manifestó a los interlocutores españoles que la visita del director de *La Libertad*, Luis de Oteyza, a Axdir había causado un efecto desastroso en el campo “rebelde”. Sospechaban que el periodista había pasado información que supuestamente había tomado durante su estancia. Y esa fue la razón del eficaz bombardeo aéreo que pocos días después sufrieron. El lacerante episodio llevó a Abd el-Krim a extremar las medidas de seguridad y aumentar la guardia que vigilaba a los prisioneros. No obstante, Haddu se mostraba confiado.

Todo parecía estar listo. La operación se llevaría adelante el 25 de octubre. Tres días antes, se informó al alto comisario de los detalles de la entrevista. Burguete tardó dos días en contestar. El telegrama de respuesta sorprendió a todos: “Recibido telegrama relativo al rescate de prisioneros. Envío ingeniero casa Echevarrieta para que con personal que indique y el oficial policía

³⁹ Ibid.

ultimen en Port Say detalles de tan importante asunto”⁴⁰. ¿A qué detalles se refería? Los pormenores se habían atendido. ¿Por qué aparece en la negociación el empresario vizcaíno Horacio Echevarrieta? El día 29 de octubre se presentó en Cabo de Agua el citado ingeniero, Sebastián Sotomayor, a bordo del guardacostas Larache donde se reunió con Guirado. El nuevo comisionado se mostró en todo conforme — condiciones y garantía monetaria que exigían los indígenas— pero a su vez él también exigía condiciones:

Es preciso que el primer prisionero que embarque sea el general Navarro, siguiéndole los oficiales que se hallan con él. Como es probable que el general no quiera embarcar se le enviará una orden del alto comisario para que lo haga. Sin el general Navarro no hay nada que hacer. Es más, el alto comisario se conforma con que solo se salve él, ya que en España no consideran más prisioneros que el general⁴¹.

La incredulidad de Guirado se aprecia en los documentos. Primero, por la entrada de una nueva persona en la negociación, hasta entonces desconocida en las entrevistas. Después, por la condición que imponía —si no se rescataba a Navarro no había trato— descartada por el mismo Burguete al inicio de las negociaciones.

El 1 de noviembre Guirado escribía a Antonio Sánchez del Pino:

Muy señor mío: Si tiene usted buena memoria, hemos tratado de salvar vuestros prisioneros en consonancia con la tarifa fijada por el alto comisario español. Al cabo de no sé cuántas entrevistas, me habéis puesto en presencia de un señor extraño a nuestro asunto. Admito que pueda ser por ustedes el designado para la imposición de fondos, pero no para imponernos su voluntad y hacer de esto un asunto personal. Si quiere este señor que nos ocupemos de él [se refiere al general Navarro] podríamos hacerlo después del asunto que hemos discutido. Si hemos [de] continuar lo que hemos comenzado, contésteme con el mismo indígena portador de esta carta, y lo que necesitamos ver es la imposición del depósito, que debía haberse hecho hace 8 días. Tenga usted en cuenta que nos hallamos con retraso⁴².

Guirado finalizaba su carta con una frase rotunda: “Ahora es de todo punto imposible salvarlo, ya que los que montan su guardia no forman parte en el complot”. Parece lógico pensar que el alto comisario era consciente de que la nueva cláusula daba por finalizada la operación, al menos a corto plazo. En fin, el 2 de noviembre, después de tres meses de negociaciones, Sotomayor comunicó a Civantos que Burguete daba por concluido el asunto. Queda, pues, demostrado que el plan estuvo improvisado y el resultado fue el mismo que arrojaron las proclamas, o sea, un fracaso. En su defensa podemos señalar que lo intentó. Lo hizo porque el Gobierno tampoco tuvo un plan alternativo para rescatar a los prisioneros.

3. Gobierno de Manuel García Prieto (7 de diciembre de 1922)

Entretanto, en Madrid, la compleja cuestión de las “responsabilidades” por los hechos de Annual transformaba el Parlamento en una olla de presión. La interpretación del Expediente Picasso (relato que elaboró el general de división Juan Picasso González auxiliado por sus fiscales, con objeto de esclarecer las responsabilidades de los militares en los sucesos de Annual) fue objeto de discusión en las Cortes. Durante los debates se significó Indalecio Prieto, diputado del Partido Socialista Obrero Español, quien centró las acusaciones en la figura del rey. El político vizcaíno lo culpó de todos los errores cometidos en Marruecos. En este mismo sentido apuntan las reflexiones de Niceto Alcalá Zamora, ministro de la Guerra en el último gabinete de la Restauración:

⁴⁰ AGMM, rollo 485. Tropas de policía indígena de Melilla (primera mía) oficina de información de Cabo de Agua. Plan para rescatar a prisioneros de Axdir.

⁴¹ Idem.

⁴² Idem.

El problema adquirió singular gravedad por sospecharse, con indicios vehementes, que la desventura marroquí podía estar relacionada con atrevimientos adelantados por iniciativas personales de la Corona, a espaldas de sus gobiernos⁴³.

A tal extremo llegó la tensión que el presidente Sánchez Guerra, el 30 de noviembre, anunció que presentaba su dimisión (Alía, 2018: 47). El Protectorado de Marruecos no solo era la tumba de miles de jóvenes soldados, sino también el ocaso de políticos y el de un sistema político, el de la Restauración, que hacía agua, poniendo en evidencia la debilidad de sus instituciones. El Estado español se mostraba incapaz de ejercer el control sobre el territorio asignado en Marruecos en el tratado suscrito con Francia en noviembre de 1912.

El nuevo Gobierno, presidido por Manuel García Prieto, iniciaba su mandato planteando para el Protectorado una estrategia distinta. A este criterio respondía el nombramiento, por primera vez desde 1913, de un civil al frente de la Alta Comisaría. Llevar a efecto una estrategia “puramente civil” contó con enormes dificultades. La primera y más importante la situación que heredaba: la inercia militarista con un recorrido de tres lustros. De hecho, la resistencia que opuso el africanismo castrense cercenó en pocos meses la voluntad del alto comisario.

El proyecto podía ensayarse en el territorio que entonces estaba bajo control. Sin embargo, la amplia zona dominada por Abd el-Krim, en el Protectorado central y oriental, de momento, por el estado de guerra en que se hallaba, requería una orientación alternativa. La originalidad tiene que ver con la relación histórica entre las cabilas del Rif central y el Majzén. Vínculo que, en contra de la opinión reproducida por la historiografía al establecer la dualidad “territorio sumiso -territorio rebelde”, puso de manifiesto el comandante y abogado Federico Pita Espelós (Pita, 1926). El autor reconoce, efectivamente, una singularidad y por ello históricamente el territorio mantuvo cierta autonomía respecto al poder central que representaba el sultán. Basándose en esta idea, el Gobierno propuso crear un Amalato en el Rif: una región dotada de autonomía administrativa. Se dieron los primeros pasos. Se nombró un amel, o sea, un dirigente nativo al frente de la estructura. El elegido fue Dris er Riffi. Chocó con dos problemas originales, insalvables a la postre, dos elementos extraordinariamente fuertes que nacieron y crecieron al amparo de la evolución de acontecimientos en el Protectorado: el ejército español en África y Abd el-Krim. El alto comisario reconocía las “dificultades que he tenido que ir venciendo hasta lograr que sea un hecho el Amalato del Rif, a cuya sombra me propongo hacer que nazca vigorosa la organización majzeniana y a la vez la firmeza de la intervención civil española”⁴⁴. No lo consiguió.

En cuanto al rescate de los prisioneros, la voluntad del Gobierno parecía firme. Accedía al pago de los cuatro millones que exigía Abd el-Krim. La cantidad no había variado desde el inicio. Santiago Alba, ministro de Estado, asumió la responsabilidad de las gestiones. La primera medida del ministro fue centralizar los trámites en dos hombres: Sidi Dris Ben Said, mediador cercano al emir del Rif, y Horacio Echevarrieta, empresario español, en quien confiaba también Abd el-Krim. Junto a ellos trabajó esforzadamente el alto comisario interino y funcionario del Estado, Luciano López Ferrer. Este, al asumir el cargo, informó al ministro Alba de que en la Alta Comisaría no había documentos relacionados con las negociaciones para el rescate de prisioneros. “Al llegar a Tetuán nadie me ha dado conocimiento de nada de ello”⁴⁵.

Establecido el contacto entre el empresario vasco y el mediador marroquí, aquel le pidió que confirmara las condiciones del rescate. Dris Ben Said le expresó las dificultades que había tenido durante el tiempo que había actuado como intermediario entre ambas partes. Reconocía que “no faltan más que detalles de poca importancia que usted puede resolver con ayuda del Gobierno”⁴⁶.

⁴³ Archivo Histórico Nacional (en citas sucesivas AHN), Archivo de Niceto Alcalá-Zamora Torres. Escritos y memorias: Notas, informes, impresos, conferencias, borradores de memorias. *Las responsabilidades y la dictadura I*, p. 1.

⁴⁴ AGA 81/09998. Carta de Luis Silvela a Santiago Alba. 19 de mayo de 1923.

⁴⁵ Ibid.

⁴⁶ Archivo Santiago Alba. Real Academia de la Historia (en citas sucesivas ASA). Signatura 9/8077 - 4/46-3 a 4/46-8 Ministerio de Estado.

Finalmente, confirmaba que Abd el-Krim pedía 4 millones y medio, “pero son cuatro los que hay que abonar y otras gratificaciones de poca importancia”⁴⁷.

La inquebrantable voluntad del Gobierno de liberar a los cautivos, sin prejuicios de ninguna índole, derribó los obstáculos que señala el intermediario árabe. El 18 de enero de 1923, el ministro autorizaba a Echevarrieta para llevar adelante las gestiones en nombre del Gobierno de España. Por primera vez una persona actuaba de manera oficial en nombre del Gobierno.

Refiriéndome a nuestra conversación sobre el asunto de los prisioneros de Abd el-Krim y teniendo en cuenta las indicaciones procedentes del mismo, transmitidas por Dris Ben Said, tengo el gusto de manifestarle que el Gobierno de S.M. autoriza a Vd. para intervenir en su nombre en tal cuestión y hacerse cargo de las condiciones que para la liberación de dichos cautivos proponga Abd el-Krim. Queda usted autorizado para hacer del presente documento el uso que su propia gestión estime preciso⁴⁸.

Echevarrieta contactó de nuevo con Abd el-Krim. No fue complicado pues el canal fluía sin barreras que lo impidieran. Mediante Dris Ben Said, le comunicó la voluntad del Gobierno de hacer efectivo el rescate. Tampoco se tardó en responder desde Axdir.

El emir aceptaba negociar el rescate de los prisioneros sobre la base de las dos condiciones conocidas: entrega de dinero y libertad de los rifeños detenidos. Ofrecía seguridad a Horacio Echevarrieta y les daba la bienvenida a sus tierras. Prometía prestar las facilidades necesarias para la buena marcha de las negociaciones con estricta sujeción a las dos citadas condiciones. “Tan pronto llegue, puede escribirnos y se arreglará el asunto como es debido. Y la paz”⁴⁹. La deseada paz no se logró; para ello, tendrían que pasar cuatro años y medio.

Dispuestos, pues, a satisfacer la cantidad exigida, Santiago Alba y López Ferrer abordaban la segunda condición: liberar a los presos en cárceles españolas. En cuanto a la condición jurídica o legal de los detenidos y la posibilidad de dejarlos en libertad, se convino con Abd el-Krim que la entrega se limitaría a los Beni Urriaguel, Bocoya y Beni Tuzin⁵⁰. Con relación a otros reclusos o sentenciados por autoridades militares, encontraron más problemas, pues los militares, celosos de su jurisdicción, se mostraron renuentes a aceptar la disposición de las autoridades civiles. Finalmente, también se consiguió.

En vista del contenido de la carta de Abd el-Krim, Alba comunicaba a Echevarrieta la conformidad del Gobierno respecto a la suma metálica señalada. El alto comisario entregaría la cantidad al empresario. En cuanto a los presos musulmanes, el ministro informaba que tenía preparados los decretos de indulto. Por último, le recordaba la confianza que el Gobierno depositaba en él: “Se halla usted expresamente autorizado por mí y por el Gobierno para resolver sobre el terreno cualquier dificultad que no se halle comprendida en las bases anteriores, consultando si lo cree preciso, con el alto comisario interino”⁵¹.

La opinión pública se enteraba por la prensa de la inminencia del rescate. *La Época*, en la edición del 25 de enero titulaba: “Los cautivos de Axdir. Se espera su inmediato rescate”⁵². Al día siguiente *La Voz* abría la edición dedicando la primera página al asunto de los prisioneros. “El ministro de Estado, Santiago Alba, se puso en contacto con Echevarrieta. Secundados por el alto comisario interino, a quien creemos habrá que tributar en su día los más calurosos elogios por el tacto exquisito desarrollado en la gestión”⁵³.

El 27 de enero, al amanecer, los prisioneros fueron conducidos hasta la playa de Suani. Desde la arena veían el Antonio López anclado, próximo a la isla de Alhucemas. “El N.E. sopla

⁴⁷ Idem.

⁴⁸ ASA, Signatura 9/8077 - 4/46-3 a 4/46-8 Ministerio de Estado.

⁴⁹ ASA, 4/46-5. Alto comisario interino a ministro de Estado. Carta de Abd el-Krim a Horacio Echevarrieta.

⁵⁰ AGMM, África, rollo 536. Carta del ministro de la Guerra, Niceto Alcalá Zamora al comandante general de Melilla.

⁵¹ ASA., 4/46-4 Madrid, 22 de enero de 1923.

⁵² Disponible en Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España (bne.es) [Último acceso 22 mar. 2024].

⁵³ Disponible en Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España (bne.es) [Último acceso 22 mar. 2024].

insistentemente, viene helado. El embarque se hace lentamente. El estado del mar empeora por momentos, el oleaje rompe contra la embarcación embarrancada en la arena a 20 o 30 metros de la orilla” (Pérez Ortiz, 2010: 311). El vapor partió a las 22.00 h. rumbo a Melilla. No quedaba ningún español en Axdir. El Gobierno, además del dinero, entregó 42 prisioneros nativos. Previamente habían liberado 54 de Beni Said⁵⁴.

Conclusiones

El rescate de los prisioneros fue el epílogo de una arriesgada aventura que comenzó en julio de 1921. Tras el colapso de campamentos y puestos militares, cientos de soldados y también personal civil, fueron apresados por los cabileños y desperdigados por el territorio. Los más afortunados consiguieron la libertad a cambio del dinero. Sin embargo, ese canal de negociación directo con los aprehensores se cerró a finales de julio cuando Abd el-Krim, principal dirigente de la sublevación, ordenó concentrar a todos los cautivos en Beni Urriaguel. A partir de entonces, la cuestión de los prisioneros se convirtió en un contratiempo añadido a los problemas que la actuación española en el Protectorado venía generando a los Gobiernos españoles desde 1913. Familiares y opinión pública, preocupados por el rescate de sus deudos, pronto comprobaron que la gestión del asunto no difería de la forma de actuar, en líneas generales ambigua, de los diferentes Gobiernos.

La entrega de dinero no fue el obstáculo esencial para liberar a los prisioneros. A pesar de que Maura esgrimiera una y otra vez como argumento que aquellos millones podían utilizarse para matar españoles, los militares no temieron esa posibilidad, pues eran conscientes de la superioridad de las armas españolas. Tampoco la liberación de marroquíes, presos en las cárceles españolas, segunda de las condiciones de Abd el-Krim, fue un impedimento, como se comprobó en enero de 1923. La impresión que se extrae de la documentación de archivo apunta al ejército español en África, a los africanistas, como la razón principal en la dilación del rescate. Aceptar las condiciones atentaba directamente contra la dignidad del uniforme. El rescate debía hacerse mediante una gran ofensiva, por tierra, mar y aire y aplastar la resistencia rifeña, sin tratar con Abd el-Krim.

Entronca esta motivación con el papel del Ejército en el sistema político de la Restauración. Desde su origen, Cánovas y Sagasta difícilmente habían logrado contener en la sombra la actuación de los generales. Durante el reinado de Alfonso XIII, su papel se acrecentó. El rey, a quien la revista *Europa en África* le enaltece con el dictado de “primer africanista”, animó al africanismo militar en Marruecos y siguió siempre muy de cerca la evolución de las operaciones militares; tanto, que el palacio real pareció durante años el cuartel general del Estado Mayor del ejército español en África.

Con todo, la gestión del rescate pone de manifiesto la debilidad del régimen: gobiernos inestables, temerosos de las consecuencias de sus decisiones; militares heridos en su orgullo, con manifiesto deseo de venganza, dispuestos a sacrificar la vida de sus compañeros prisioneros. La Patria estaba por encima de sentimentalismos humanitarios. En fin, en un gesto valiente, superador de miedos, y como primer paso para implantar en el territorio una modalidad de administración “puramente civil”, Manuel García Prieto, último presidente de la Restauración, redimió del cautiverio a los prisioneros.

4. Referencias bibliográficas

- Albi de la Cuesta, Julio (2016): *En torno a Annual*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- Alía Miranda, Francisco (2018): *Historia del Ejército español y de su intervención política. Del desastre del 98 a la Transición*, Madrid, Catarata.
- Alonso Baquer, Miguel (2005): “La mentalidad patriótica del militar español contemporáneo”, *Revista de Historia Militar*, 1, pp. 133-158.

⁵⁴ AGA 81/10376. Melilla, 31 de enero de 1923.

- Armiñán, José Manuel y Luis (1930): *Francia, el dictador y el moro*, Madrid, Javier Morata.
- Bachoud, Andrée (1988): *Los españoles ante las campañas de Marruecos*. Madrid, Espasa Cape.
- Balfour, Sebastian (2018): *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil de España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona, Península.
- Basallo, Alfonso (2021): *El prisionero de Annual*, Barcelona, Planeta.
- Berenguer, Dámaso (1923): *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones*, Madrid, Sucesores de R. Velasco.
- Boyd, Carolyn (1990): *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*. Madrid, Alianza.
- Cardona, Gabriel (1991): "El imposible reformismo militar en la España de la Restauración (1875-1931)", en García Delgado, José Luis (ed.), *España entre dos siglos. Continuidad y cambio*, Madrid, Siglo XXI.
- Cerezo Garrido, Manuel (1922): *El rescate de los prisioneros. (Libro de la verdad)*, Melilla, Editorial Artes Gráficas Postal Exprés.
- Cierva y Peñafiel, Juan de la (1955): *Notas de mi vida*, Madrid, Instituto Editorial Reus.
- Contreras Cervantes, Rafael Ángel (2017): *La intrahistoria del desastre de Annual*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- Díez Rioja, Ramón (2023): "Carmen de Burgos (Colombine). Un relato humanitario de la campaña del Rif en 1909" en Guerrero Martín, Alberto, coord., *Los relatos de la guerra*, Madrid, Silex, pp. 237-250.
- Díez Sánchez, Juan (2011): "Antonio Got Insausti, dibujante y cronista de guerra", Akros. Revista de Patrimonio, 10, pp. 62-66.
- González-Pola de la Granja, Pablo (2003): *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*. Madrid, Ministerio de Defensa.
- Iglesias Amorín (2014): *La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1936)*. Tesis doctoral, Universidad de Santiago de Compostela.
- Iglesias Amorín, Alfonso (2019): "La evolución de la imagen de las guerras de Marruecos y su difusión en la opinión pública (1859-1927)", *RUHM*, vol. 8, núm. 16, pp. 104-131. doi: <https://doi.org/10.53351/ruhm.v8i16.520>
- Jensen, Geoffrey (2019): "The Spanish-Moroccan Military Campaigns in the Context of European Colonial History", *RUHM*, Vol. 8, núm. 16, pp. 17-40. doi: <https://doi.org/10.53351/ruhm.v8i16.538>
- La Porte, Pablo (2001): *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Macías Fernández, Daniel (2019): *Franco "nacido en África": los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid, Tecnos.
- Macías Fernández, Daniel (2021): "piojos, ratas y moscas: Marruecos y el soldado español" en Macías Fernández, Daniel, ed., *A cien años de Annual. La guerra de Marruecos*. Madrid, Desperta Ferro, pp. 329-382.
- Madariaga, María Rosa de (2005): *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza.
- Marchante Moralejo, Carmen (2023): *La correspondencia de Annual*, Melilla, Servicio de publicaciones de la UNED.
- Marín Arce, José María (1988): "El Gobierno de la concentración liberal: el rescate de prisioneros en poder de Abd el-Krim", *Revista de la Facultad de Geografía e Historia*, núm. 1, 1987, págs. 163-18. Disponible en [eserv.php\(uned.es\)](http://eserv.php(uned.es)) [Último acceso 17 mar. 2024].
- Moreno Navarro, Pedro Pablo (1921): *La tragedia de Monte Arruit a través de la prensa de la época*, Ministerio de Defensa, 1921.
- Núñez Florencio, Rafael (1990): *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)*. Madrid, CSIC.
- Oteyza, Luis de (2018): *Abd el- Krim y los prisioneros*. A Coruña, Ediciones del Viento.
- Pando Despierto, Juan (1999): *Historia secreta de Annual*. Madrid, Temas de Hoy.
- Pérez Ortiz, Eduardo (2010): *18 meses de cautiverio: de Annual a Monte Arruit*, Madrid, Interfolio (1ª ed. Melilla, 1923).
- Pita Espelosín, Federico (1926): *El amalato del Rif*, Melilla, Artes Gráficas.
- Puell de la Villa, Fernando (2021): *Historia del Ejército en España*, Madrid, Alianza.

- Quiroga, Alejandro (2022): *Miguel Primo de Rivera. Dictadura, populismo y nación*, Barcelona, Crítica.
- Ramiro de la Mata, Javier (2002): "Los prisioneros españoles cautivos de Abd el-Krim: un legado del desastre de Annual", *Anales de Historia Contemporánea*, 18, pp. 343-353. Disponible en <http://hdl.handle.net/10201/11626> [Último acceso 17 mar. 2024].
- Reverte Martínez, Jorge (2021): *El vuelo de los buitres. El desastre de Annual y la guerra del Rif*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Sáinz Gutiérrez, Sigifredo (2016): *Con el general Navarro. En operaciones. En el cautiverio*, Madrid, Almena.
- Soler García de Oteyza, Guillermo (2024): *El ingenioso e inquieto Oteyza en campo enemigo*, Barcelona, Crítica.
- Tejeiro de la Rosa, Juan Miguel (2016): *Dinero y Ejércitos en España*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- Terreros Ceballos, Gonzalo (2014): *Las guerras de Marruecos. La política de Maura*, Barcelona, Erasmus.